

Textos de la Eucaristía del Domingo**Primera Lectura: del libro del Génesis (22, 1-2. 9-13. 15-18)**

En aquellos días, Dios puso a prueba a Abrahán, llamándole: — «¡Abrahán!»

Él respondió: — «Aquí me tienes.»

Dios le dijo: — «Toma a tu hijo único, al que quieres, a Isaac, y vete al país de Mona y ofrécemelo allí en sacrificio, en uno de los montes que yo te indicaré.»

Cuando llegaron al sitio que le había dicho Dios, Abrahán levantó allí el altar y apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo puso sobre el altar, encima de la leña. Entonces Abrahán tomó el cuchillo para degollar a su hijo; pero el ángel del Señor le gritó desde el cielo: — «¡Abrahán, Abrahán!»

Él contestó: — «Aquí me tienes.»

El ángel le ordenó: — «No alargues la mano contra tu hijo ni le hagas nada. Ahora sé que temes a Dios, porque no te has reservado a tu hijo, tu único hijo.»

Abrahán levantó los ojos y vio un carnero enredado por los cuernos en la maleza. Se acercó, tomó el carnero y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo.

El ángel del Señor volvió a gritar a Abrahán desde el cielo: — «Juro por mí mismo — oráculo del Señor —: Por haber hecho esto, por no haberte reservado tu hijo único, te bendeciré, multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa. Tus descendientes conquistarán las puertas de las ciudades enemigas. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia, porque me has obedecido.»

Salmo Responsorial: Sal 115, 10 y 15. 16-17. 18-19

R/. Caminaré en presencia del Señor en el país de la vida.

Tenía fe, aun cuando dije:
«¡Qué desgraciado soy!»
Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles. R/.

Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.
Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor. R/.

Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén. R/.

Segunda Lectura: de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (8, 31b-34)

Hermanos:

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?

El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, más aún, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros?

Evangelio: Mc 9, 2-10

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos solos a una montaña alta, y se transfiguró delante de ellos. Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como no puede dejarlos ningún batanero del mundo.

Se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús. Entonces Pedro tomó la palabra y le dijo a Jesús: — «Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.»

Estaban asustados, y no sabía lo que decía.

Se formó una nube que los cubrió, y salió una voz de la nube: — «Este es mi Hijo amado; escuchadlo.»

De pronto, al mirar alrededor, no vieron a nadie más que a Jesús, solo con ellos.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: — «No contéis a nadie lo que habéis visto, hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Esto se les quedó grabado, y discutían qué querría decir aquello de «resucitar de entre los muertos».



Reflexión : De Javier Garrido “Seguir a Jesús en la vida ordinaria”

1. Palabra

Abrahán (primera lectura) es probado en su fe hasta el sacrificio, hasta el absurdo. ¿No es acaso Isaac el don de Dios, el hijo de la Promesa? Creer en el Dios de Abrahán, de Israel y de Jesús no entra en «lo razonable». Somos llevados a donde nunca iríamos por elección propia.

Y es que Dios, previamente, ha hecho por nosotros la locura de entregarnos a su propio Hijo en sacrificio. Tampoco El ha sido «razonable» en su amor (segunda lectura).

El Tabor representa las dos vertientes de la fe: la luminosa, la que celebra gozosamente la victoria del Reino, la Resurrección, y la oscura, pues el camino escogido por Dios es el de la muerte. La fe del discípulo ha de ser la de Abrahán: abandono y obediencia a los planes del Padre (Evangelio).

2. Vida

La tradición cristiana ha ligado siempre la Cuaresma al sacrificio. Pero, con frecuencia, hemos hecho del sacrificio un rito comercial (yo renuncio a esto por lo otro) o un rito de reparación (mediante mi sacrificio consigo tu beneplácito) o una práctica ascética (las renunciaciones me autoperfeccionan). Es necesario devolver al sacrificio cristiano su dinámica propia: la obediencia de fe sin reservas a los planes de Dios. ¿Por qué preferimos ofrecerle a Dios cosas en vez de ofrecernos a nosotros mismos?

Tendríamos que comenzar por revisar qué nos hemos propuesto en esta Cuaresma. Hay creyentes que no se proponen nada «especial» porque han descubierto que se trata de vivir la vida entera en fe, esperanza y amor. Hay otros que se hacen un plan de vida especial para estas semanas, porque necesitan medios concretos para vivir ese espíritu de entrega incondicional del Señor. Hay otros, finalmente, que usan sus sacrificios para no entregar el corazón.

Piensa qué te ayudaría a vivir el espíritu de Abrahán y de Jesús aunque te sientas muy lejos del modelo. ¿Hay alguna realidad que debes sacrificar para vivir la libertad del amor?

Evita los sacrificios que refuerzan tu narcisismo espiritual. Descubre algo significativo en tu vida ordinaria.

TEXTO DE FRANCISCO: CARTA A LOS FIELES II [CtaF2]

[La Palabra del Padre encarnada: el Señor Jesucristo]

4El altísimo Padre anunció desde el cielo, por medio de su santo ángel Gabriel, esta Palabra del Padre, tan digna, tan santa y gloriosa, en el seno de la santa y gloriosa Virgen María, de cuyo seno recibió la verdadera carne de nuestra humanidad y fragilidad. 5Él, siendo rico (2 Cor 8,9), quiso sobre todas las cosas elegir, con la beatísima Virgen, su Madre, la pobreza en el mundo. 6Y cerca de la pasión, celebró la Pascua con sus discípulos y, tomando el pan, dio las gracias y lo bendijo y lo partió diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo (Mt 26,26). 7Y tomando el cáliz dijo: Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de los pecados (Mt 26,27). 8Después oró al Padre diciendo: Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz (Mt 26,39). 9Y se hizo su sudor como gotas de sangre que caían en tierra (Lc 22,44). 10Puso, sin embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: Padre, hágase tu voluntad (Mt 26,42); no como yo quiero, sino como quieras tú (Mt 26,39). 11Y la voluntad del Padre fue que su Hijo bendito y glorioso, que él nos dio y que nació por nosotros, se ofreciera a sí mismo por su propia sangre como sacrificio y hostia en el ara de la cruz; 12no por sí mismo, por quien fueron hechas todas las cosas (cf. Jn 1,3), sino por nuestros pecados, 13dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (cf. 1 Pe 2,21). 14Y quiere que todos nos salvemos por él y que lo recibamos con nuestro corazón puro y nuestro cuerpo casto. 15Pero son pocos los que quieren recibirlo y ser salvos por él, aunque su yugo sea suave y su carga ligera (cf. Mt 11,30).

